

# JOSE ÁNGEL MACHIAVELO

Poeta nacido en Arecibo en 1862, de padre italiano y madre puertorriqueña. Murió en 1902. Fue escribano, flautista y poeta. Suyo es el libro titulado *Disonancias* (1892), de donde extraemos el poema que divulgamos. En él se observa el exotismo, sobre todo en la celebración de ciudades antiguas o europeas como Herculano, París, Varsovia y Venecia, tema que se desarrolló en poemas varios de poetas diversos como Luis Muñoz Rivera y Vicente Palés Anés. Una de las vertientes del modernismo, en afinidad con el parnasianismo, es la búsqueda de temas grecolatinos y cosmopolitas. Cabe recordar que en este momento las ciudades Pompeya y Herculano estaban de moda después de los descubrimientos arqueológicos instados por María Amalia Cristina, hija de Augusto III de Sajonia, esposa de Carlos de Borbón, rey de las Dos Sicilias. Bien es verdad que aquellas búsquedas aficionadas no hubiesen logrado los descubrimientos que dieron paso a las descripciones que hizo Johan Joachim Winckelman en su *Historia del arte antiguo*. Lo cierto es que impulsaron una euforia por el mundo antiguo, posiblemente igual a la que se había desarrollado en el Renacimiento. En este poema, Machiavelo canta a la continuidad del cosmos que destruyendo se revitaliza, tema caro al romanticismo.

## Herculano

### I

**B**ajo un cielo de eterna primavera,  
De luces lleno si de sombras falto,  
En la fértil región de una pradera  
Rica en grutas de pórfido y basalto,  
En aquella vastísima llanura  
Donde Plutón su trono levantara,  
Donde Plinio cavó su sepultura,  
Donde la Grecia su valor cantara;

Allí, con sus riquezas y portentos,  
Testigos mudos del poder romano,  
Se alzaban los magníficos cimientos

De la ciudad pomposa de Herculano.

Las aves, con sus cánticos de amores,  
El matinal crepúsculo evocaban,  
y, al espirar el sol, todas las flores  
Con diadema de luz se coronaban.  
Leves brumas de grana y de violeta  
Se alzaban de la límpida laguna,  
Bruñido espejo en cuya linfa inquieta  
Se miraba, al pasar, la clara luna.

Simulaba sus árboles, guirnaldas  
Que las tintas del iris revestían,  
Y un cinturón hermoso de esmeraldas  
De sus bosques los límites ceñían;  
Y las grutas, las selvas y las lomas,  
Siempre murmuradoras e indiscretas,  
Cantaban al viajero, en sus idiomas,  
De algún amor las dulces historietas...

Todo era dicha allí; pero, distante,  
Y de aquella ciudad cual Soberano,  
En prolongado sueño está un gigante:  
El ingente volcán napolitano.

## II

Es una tarde: el campo se estremece,  
Un convulso temblor la tierra agita,  
Retira el mar sus olas, luego crece  
Y con ímpetu atroz se precipita.  
Una columna de humo tenebrosa  
Del volcán en la cima se agiganta,  
Y el mismo cielo en su ascensión acosa  
Y densa niebla en la extensión levanta.

Inmóvil permanece... mas de pronto  
Engruesa más y más, y, en un momento,  
De negra lobreguez cúbrese el ponto  
Y se cubre y enluta el firmamento.  
De entre la espesa nube de vapores  
Que eléctrica explosión súbita inflama,  
Gigantesco florón de resplandores  
En penacho de estrellas se derrama.

Mueve el cráter su ardiente batería  
Simulando un bostezo del abismo,  
Y en estertóreo espasmo de agonía  
Se retuerce el volcán sobre sí mismo;  
Luego bramidos mil de furia llenos  
En sordo diapasón hórrido lanza,  
Que en insensible tempestad de truenos  
Se pierden al rodar en lontananza.  
Y la lluvia de lavas y lapilo  
Que aquel cráter ignífero vomita,  
En el menudo césped intranquilo  
Cual torrente invasor se precipita.  
El agua que en el éter se condensa  
Inunda en su descenso cuanto abarca,  
Y con toba mezclada y niebla densa  
Es mortaja que arroja la comarca.

Y al vendaval de escorias y fragmentos  
Que invadió de las aguas el dominio,  
Va sembrando al capricho de los vientos  
Desolación y muerte y exterminio.  
Y asciende por doquier la llama ardiente  
Pirámide de luz que al aire ondula,  
Y al deshacerse luego en el ambiente  
Un rocío de lágrimas simula...

Mueren allí las gentes sepultadas

En un baño de fuego y de cenizas,  
Y yace entre las ruinas calcinadas  
y, en confuso tropel, todo hecho trizas.  
Y riquezas, palacios, monumentos,  
Hundidos ya en la noche del abismo,  
Sólo duraron ¡ay! breves momentos  
Al influjo infernal del cataclismo.  
Y cuando el alba, con su luz de rosa,  
Anunciaba en Oriente la mañana,  
Una capa basáltica y pastosa  
Sirvió de tumba a la ciudad pagana.

### III

¡Y aún estás en pie, Vesubio fuerte!  
¡El verdugo alevoso de Herculano,  
Aún infunde por doquier espanto y muerte  
Y aún hace mofa del poder humano!  
¿Cuál tu destino es? ¿Por qué desuelas  
De tu imperio la espléndida verdura,  
y, cual tirano rey, perenne velas  
Para sembrar tristeza y desventura?...  
Pero, mentira, no; que si ha sembrado  
La destrucción tu bárbara inclemencia,  
Destruir es crear, y tú has creado  
Lo que nunca creará la humana ciencia;  
Pues tus fuegos las selvas vivifican,  
Nutriendo los castaños y rosales,  
Y en tu fragua los cíclopes fabrican  
Gases, ácidos, piedras y metales;  
Porque en esas cenizas que se cuajan  
De tu honda sima en la región interna,  
Hay obreros y artistas que trabajan  
Proscritos de la luz, en noche eterna;  
Porque en la destrucción está el progreso,  
Que en cada escombros un organismo anida,

Y al recibir de Flora el dulce beso  
Una planta gentil vuelve a la vida;  
Porque la lava que tu abismo encierra,  
Removiendo tu entraña abrasadora,  
Consolida los senos de la Tierra  
Y sus ricos tesoros elabora.  
¡Salve, negro Titán! ¡Vesubio ardiente!  
Si hoy a cantar me atrevo tu belleza,  
Quizás pueda mañana, impunemente,  
Pisotear con mis plantas tu cabeza.

Del libro titulado *Disonancias*. Arecibo: Imprenta de Salicrub, 1892. 1-5.